



Alicia Vallina

Una paleta y un grupo de pinceles colocados anárquicamente en un bote. Estas fueron las herramientas de trabajo del gran pintor cangués José Ramón Zaragoza que se conservan en la Casa Municipal de Cultura de la localidad asturiana y que sirven para homenajear a uno de los miembros de la dinastía de una ilustre familia de artistas encabezada por su padre, Alejandro Zaragoza. Este, que estudió escultura en Madrid, inculcó a su hijo, desde muy niño, el amor a las artes y al trabajo bien hecho, por lo que nuestro protagonista siempre fue un hombre con ambición y de grandes metas que, finalmente, lograría alcanzar.

Siguiendo los estudios realizados por Belén Galán, José Ramón Zaragoza se formó en la Escuela de Bellas Artes de San Salvador de Oviedo donde comenzó a mostrar sus dotes con los pinceles realizando copias de cuadros de Goya. Ya en 1892 envió por vez primera a la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid al menos una obra, sus «Costumbres de la Ribera», iniciándose en un estilo realista que ocupará la primera etapa de su producción. De esta época son también los retratos de sus padres o de su primera profesora. Así, gracias a sus excepcionales cualidades, José Ramón fue becado por la Diputación de Oviedo para formarse en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid, y fue alumno de Alejandro Ferrant y discípulo de Luis Menéndez Pidal.

Nuestro protagonista, empeñado como estaba en triunfar, no dejó nunca de enviar obras a la exposiciones nacionales, pues sabía de la visibilidad que esta proporcionaba a los artistas, como ya había experimentado su amigo y admirado Joaquín Sorolla. En 1897, por ejemplo, el maestro valenciano había presentado a la Nacional su famosa obra «Trata de blancas» y la tendencia pictórica vinculada al realismo social estaba en boga. Así, Zaragoza mostró en la misma exposición su obra «La lección» (por la que recibió una mención honorífica), mientras seguía realizando copias de los grandes maestros españoles como Velázquez, Murillo o Zurbarán.

Pero el salto definitivo en su trabajo se produjo en 1901, momento en que obtuvo la medalla de segunda clase en la Exposición Nacional por su obra «El niño enfermo» (también envió a la muestra el retrato de su amigo, el pintor Augusto Junquera). Sin embargo, esto supuso la retirada de la beca de la diputación ovetense, equivocados como estaban sus dirigentes al pensar que este galardón garantizaba al pintor una amplia bonanza económica. Ni mucho menos. José Ramón tuvo que seguir peleando por abrirse un hueco con los pinceles y terminó por obtener una nueva beca. Esta vez con destino a la Academia Española de Bellas Artes de Roma y por un periodo de cuatro años. Esto supuso un nuevo giro en su arte, transformando y educando su sensibilidad. Viajó a Londres, París, la Bretaña francesa,

La discreta herencia del genial pintor José Ramón Zaragoza

La Casa de Cultura de Cangas de Onís conserva una paleta y un bote con pinceles del gran artista cangués, que murió antes de su ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando



Arriba, «Retrato de señora con abrigo azul y sombrero», de 1909. Abajo, la obra «Mito de Prometeo», de 1908, que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Asturias. A la izquierda, autorretrato de José Ramón Zaragoza (1874-1949). A la derecha, bote de pinceles y paleta del pintor cangués.



Alemania y Holanda y se dejó influir por el impresionismo, el fauvismo, el simbolismo y la pintura al aire libre, realizando abundantes escenas de paisajes y familias campesinas de tonalidades sobrias y gran dominio del dibujo. Durante esos años también se dedicó al retrato, con una técnica brillante en la representación de la indumentaria y en las actitudes y expresiones de los personajes para mostrar, con la mayor exactitud posible, la personalidad del retratado. Además, en 1906 obtuvo una nueva segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes con su obra «Orfeo en los infiernos» (en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación), terminando su beca romana con una serie de composiciones de inspiración clásica dedicadas a Prometeo.

A partir de 1915 José Ramón se instaló definitivamente en Madrid y obtuvo una medalla de primera clase en la Exposición Nacional con «El retrato de Mr. Theodor Stanton» (de gran influencia de Sargent y propiedad del Museo Nacional del Prado), aunque dos años antes había logrado una medalla en la Exposición Universal de Múnich y, en 1914, una mención honorífica en el Salón de París. Tras una breve estancia en Asturias donde trató de representar el paisaje singular y único de su tierra en obras como «Molinín», «Tía Rosa», «Alfarero», «Madreñero» o «Paisaje de Rozas» entre otras (algunas presentadas a la Nacional de Bellas Artes de 1924), decidió opositar a la plaza de profesor de pintura al aire libre de la Escuela de San Fernando. La plaza quedó finalmente libre, lo que supuso un duro golpe para Zaragoza que decidió dejar de enviar obras a la Exposiciones Nacionales a partir de 1925.

Todavía trabajará en la decoración de los techos de la Casa Social del Círculo de Bellas Artes de Madrid donde realizó una serie de paneles alegóricos de inspiración clásica en la que representó al «Día», la «Noche», la «Belleza» y el «Genio conduciendo a los grandes artistas al templo de la inmortalidad».

A partir de entonces José Ramón Zaragoza se dedicó a su trabajo como profesor, primero al obtener por oposición en 1928 la plaza en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid y, en 1930, la de profesor auxiliar de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid.

Desgraciadamente no tuvo tiempo de ver cumplido su sueño de tomar posesión como miembro numerario de la Academia de Bellas Artes de San Fernando ya que la muerte le sorprendió un 29 de julio de 1949. Iba a leer un discurso en homenaje al arte de Matías Grünewald, pintor renacentista alemán del que era fiel seguidor y admirador y al que había descubierto durante sus múltiples viajes por Europa.

Sin duda José Ramón Zaragoza fue un maestro del color puro que, detenido en el tiempo, se concentró en los pinceles y en la paleta que aún se conservan hoy en su Cangas de Onís natal. Estupendo dibujante y hombre de estilo preciso que dirigió su arte en direcciones dispares y que transmitió su gusto por el oficio al último de los miembros de la saga: su hijo, el gran escultor Gerardo Zaragoza.